
CONCLUSIÓN

Todo el que confíe lo que sufre al papel se convierte en un autor melancólico; y se convierte en un autor serio cuando nos dice lo que ha sufrido y por qué ahora reposa en la dicha.

FRIEDRICH NIETZSCHE

Más allá del tiempo, la reserva genética hierve y se serena. Que algo aflore o no a las costas temporales es cuestión de azar, producto de un capricho de las ondas. En algún punto, de esa bullente reserva de ADN surge como una espuma un gen saturnino, una doble hélice destinada a fabricar temperamentos melancólicos. En ese instante comienza lo que conocemos como la historia del hombre: ese impulso esforzado y al parecer eterno hacia la inaprensible perfección, ese trágico esfuerzo por alcanzar lo inasible, por fracasar magníficamente. Ha quedado demostrado que ese gen, el gen de la melancolía, es el código de la innovación. A lo largo de los siglos ha dado pie a torres resplandecientes que ascienden hacia el cielo. Ha creado nuestra gran épica, tan hambrienta de un dios. Ha compuesto nuestras memorables sinfonías, tan tumultuosamente hermosas como el primer océano. Sin el genoma de la tristeza, tantas cosas sublimes se habrían quedado en el submundo de la inexistencia. En realidad, sin esa triste y ambiciosa información genética, lo que consideramos cultura en

general, ese reino empíreo de ideas en tensión, nunca habría surgido, porque para ello no habría bastado la mera lucha por la supervivencia, el simple matar y comer.

Podemos imaginarnos esto en el mundo primitivo. Mientras los cuerpos sanos de la tribu salían, sin pensar en nada más, a cazar animales o a otros humanos, el hombre de alma melancólica se quedaba metido en la caverna o debajo de un árbol. Y allí imaginaba nuevas construcciones, ovals y ambarinas, o nuevos ritmos verbales, o convocatorias sagradas, o trinos más bellos que los de los pájaros. Imaginando estas cosas y más, ese enfermo de melancolía se hacía tan útil para su cultura como los cazadores y los recolectores. Impulsaba su mundo hacia delante. Moraba siempre en el inseguro reino de la vanguardia.

Ese visionario primitivo fue el primero de muchos melancólicos de vanguardia como él. Por supuesto, no todos los innovadores son melancólicos y no todas las almas melancólicas son innovadoras. Sin embargo, la relación científicamente probada entre genio y depresión, entre sombra y grandeza, sugiere que la mayoría de nuestros innovadores culturales, que van desde el viejo soñador de la selva al nuevo dadaísta de la urbe, han basado su originalidad en el humor melancólico. Por supuesto, a estas alturas ya somos capaces de comprender el porqué.

La melancolía presiona contra el fácil «uno de los dos/o» del orden establecido. Crece en el terreno medio inexplorado que hay entre opuestos, en el «ambos/y». Impulsa una nueva comprensión de la relación entre opuestos, especialmente entre la gran

polaridad vida y muerte. Alienta nuevas formas de concebir y denominar las misteriosas conexiones entre antinomias. Nos devuelve a la inocencia, a la ironía, a esa capacidad provisional de jugar a lo potencial sin verse constreñido a lo factual. Ese tomarse un respiro de la causalidad refresca nuestra relación con el mundo, nos garantiza unas vistas hermosas, insufla energía en nuestros corazones y en nuestras cabezas.

En realidad, la mayor parte del tiempo el mundo es aburrido y está controlado por hábitos serios. Nos parece muy familiar, fatigado, repetitivo. Y de pronto surge lo que Keats llama el ataque melancólico y, súbitamente, el planeta se vuelve interesante otra vez. Cae el velo de la familiaridad y ante nosotros refulgen posibilidades vigorizantes. Estamos llamados a forjar vínculos no probados con nuestro entorno. Estamos llamados a ser creativos.

Y en vista de las virtudes de la melancolía, ¿por qué miles de psiquiatras y psicólogos intentan *curar* la depresión como si fuera una enfermedad terrible? Evidentemente, quienes padecen una depresión grave, con riesgo de suicidio o rozando lo psicótico, requieren una medicación muy seria. Pero ¿qué hay de esos millones de personas que padecen una depresión suave o moderada? ¿También a ellas habría que pedirles que erradicaran su melancolía con la ayuda de una píldora? ¿Deberían esos posibles innovadores renunciar a la que bien podría ser su mayor musa, a que sus demonios alumbraran a sus ángeles?

Ahora mismo y si las estadísticas son correctas, en torno al 15 por ciento de los estadounidenses no son felices. Pronto, tal vez, y con ayuda de los psicofármacos

cos, en Estados Unidos dejará de haber personas que no son felices. Desconoceremos a los melancólicos.

Eso sería una tragedia sin parangón, equivalente en importancia a la desaparición del cachalote o del águila real. Sin más melancólicos, viviríamos en un mundo en el que, sencillamente, todos aceptarían el orden preestablecido, en el que, sencillamente, todos estarían satisfechos con lo que les haya tocado en suerte. Y eso supondría una distopía de sonrisas plácidas y ubicuas, una pesadilla digna de Philip K. Dick, un estado policial de Pollyannas, un páramo despojado. ¿Por qué avanzamos hacia ese estado infernal?

La respuesta es muy sencilla: por miedo. La mayoría se oculta detrás de una sonrisa porque teme enfrentarse a la complejidad del mundo, a su vaguedad, a su terrible belleza. Si se quedan a salvo, tras su sonrisa pintada, no tendrán que hacer frente a las inseguridades que conlleva habitar en la posibilidad, a esos momentos de inquietud en los que uno no distingue esto de aquello, en los que uno se convierte casi en cualquier cosa. A pesar de que esa ansiedad, que normalmente se refiere a la muerte, es al final estimulante, una apelación a la creatividad, al principio resulta bastante horrorosa, la sensación de cernirse sobre un abismo impredecible. La mayoría huyen de inmediato de esta situación. Intentan perderse entre la masa sonriente esperando que la ansiedad no vuelva a visitarlos. Exhiben la falta de autenticidad como una máscara, como un disfraz que los protege del abismo.

Promover la sociedad de la felicidad absoluta es fabricar una cultura del miedo. ¿De verdad queremos entregar nuestro coraje a cambio del mero júbilo?

¿Estamos preparados para ceder nuestro corazón más esencial por ocho horas de sueño, por una temporada de satisfacción? Debemos ignorar las llamadas seductoras de nuestra cultura de la dicha y aferrarnos a nuestra tristeza. Debemos encontrar el camino, por difícil que sea, para ser quienes somos, hosquedad incluida.

Al ser víctimas de la tristeza, inevitable como el respirar, debemos aceptar un hecho que el mundo odia: estamos incompletos y siempre lo estaremos, no somos sino fragmentos de un todo inasible. Nuestra naturaleza inacabada —nunca somos realidades puras, sino vagas posibilidades— vive en una lucha constante, en un combate con lo que es permanentemente desconocido. Pero esa extensión hacia el abismo también es nuestra salvación. No ser sino un fragmento es esforzarse siempre por algo que está más allá de uno mismo, por algo trascendente, por una posibilidad inexplorada, por una avenida desconocida. Ese esforzarse es siempre un acto de libertad, optar por un camino en lugar de otro. Aunque es una labor ardua, requiere prestar atención constante a nuestros interiores misteriosos y cambiantes, y también es extática, un sondeo casi infinito de los enigmas del Ser.

Estar contra la felicidad, evitar la satisfacción, es estar cerca de la dicha, abrazar el éxtasis. Ser incompleto es llamar a la vida. La fragmentación es libertad. La excitación de no llegar a conocer nada del todo consiste en que perpetuamente se pueden imaginar sublimidades más allá de la razón. En los márgenes de lo conocido está el vivo borde de la existen-

cia. Es el júbilo de la circunferencia. Es la euforia, a fuego lento, de llegar al final de un libro que nunca puede completarse, de un texto en conflicto, con defectos, y afligido como el crepúsculo.